

desde Valencia á Mallorca, desde Mallorca á Cerdeña, desde Cerdeña á Sicilia, desde Sicilia á Nápoles, desde Nápoles á Atenas, desde Atenas á las puertas mismas del Asia, el corazón se dilata y entre tantas grandezas los ojos del alma ven la nación construída, no por pactos arbitrarios é inútiles, por la comunicación entre las pasadas generaciones y las presentes, con huesos de nuestros mártires, con sacrificios de nuestras ciudades, con holocaustos como vuestras grandezas, en guerras que han llevado la sangre de nuestros progenitores al centro mismo de la tierra y han hecho de esta España, nuestra santa madre, por cuya integridad, por cuya unidad, por cuya perenidad sagrada, eterna, indisoluble, darán ahora y siempre todas las generaciones su existencia, si preciso fuera, y la existencia de sus hijos; que así como no hay árbol sin raíces, no hay vida sin patria.

(De un discurso pronunciado en Huesca el día 7 de Agosto de 1881.)



LI

AUNQUE no tuviéramos otra razón de ser, tendríamos la razón de nuestro patriotismo.

¡Cuántos sentimientos en la vida! ¡Cuántas cosas en ella que no dependen ni de nuestra libertad ni de nuestro albedrío! ¡Cuántas desgracias, sí, pero también cuántos favores para los cuales no hemos hecho ningún merecimiento! Muchas veces al oír nuestras canciones populares á la luz de las estrellas en el estío, ó leer el Romancero al amor de la lumbre en las largas veladas del invierno; al ver los cuadros de nuestros grandes artistas ó las cúspides sublimes de nuestras majestuosas catedrales; al recordar los hechos históricos, cuya grandeza no cabe ni

en los bronce de la inmortalidad; al repasar las páginas de Cervantes, las escenas de Calderón, al hollar las eras de Zaragoza ó las piedras rodadas por el suelo desde los débiles muros de Gerona, heme recogido en mí mismo y he dicho, con los ojos arrasados en lágrimas, interrogando al eterno revelador de todos los misterios: «Dios mío, ¡qué habré hecho yo para ser hijo de este suelo, qué mérito había en mí antes de nacer para que me diese en la vida natural una madre tan buena, y en la vida social una patria tan grande! Tiene nuestra democracia que divinizar á la patria, como nuestra religión ha divinizado á la mujer.

Por mucho que hagamos, no agotaremos nunca los deberes nuestros con España. Sirvamosla todos desinteresadamente, unos desde el Gobierno, y otros desde la oposición, cada cual en su sitio, y estemos seguros de que hoy nos aplaudirá nuestra conciencia, y de que nos aplaudirá mañana la historia.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 14 de Noviembre de 1881.)



LII

H! ¡La patria, señores, la patria! Me suelen decir que yo hago párrafos declamatorios sobre la patria, y no se quiere reconocer que yo he hecho más que párrafos, mucho más que párrafos por la patria. Pero señores, lo digo como lo siento, es necesario que todos la divinicemos. Ya que el Sr. Ortiz de Zárate es tan católico, tengo que decirle que es necesario que S. S. haga con la patria lo que la religión ha hecho con la mujer. ¿Qué ha hecho la religión con la mujer? La ha divinizado, la ha rodeado de luz, la ha encerrado en un manto de estrellas, la ha puesto por sandalias la luna, la ha coronado con ángeles; levanta sus templos en las orillas del mar para que sirva de guía